

nosotros esa corriente de simpatía que se establece entre quienes luchan y se sienten capaces de arriesgarlo todo por un ideal.

“Convinimos en la explicación que habíamos de dar a aquella visita: “un fuerte cólico me había obligado a requerir sus servicios” y mandó llamar a varios amigos con objeto de que me llevaran a una finca de campo en la que pudiera pasar desapercibido, hasta que tuviera que marchar a Murcia, a cuyo efecto había llevado yo la escopeta. Se acordó que fuese a una finca¹¹ que en lo alto de la Sierra poseía el señor Orovitg, hombre bueno y caballeroso, arrebatado a la vida, no sin haber tenido la satisfacción de ver implantado el régimen republicano, por el que tanto había suspirado.

“Hubo que buscar auto para los acompañantes y ya cerca de las once salimos para el punto de destino a donde, tras de recorrer un camino que creímos daría cuenta de los dos coches, llegamos cerca de la una, hora en la que cenamos... chorizo y latas de sardinas, alimento no muy a propósito para mi hígado rebozante de la bilis que la infame persecución del dictador me había hecho concentrar en tan importante víspera.

“El señor Orovitg y algunos de nuestros acompañantes volvieron a Albacete con la promesa de volver al día siguiente, a las nueve de la mañana, con efectos para mi alimentación, y poco antes de esta hora salió para Madrid el capitán Ortíz con los amigos que allí quedaron.

“Pero aquella promesa no se cumplió y tuve que pasar todo el día sólo y sin comer; con un frío espantoso, alimentándome... la esperanza de que los amigos llegasen con la comida deseada.

“Ya a las cinco de la tarde, mi paciencia se había agotado y creí firmemente que la policía había descubierto la conspiración y detenido a todos, razón por la que no habían podido cumplir la promesa que se me había hecho.¹²

11. La finca propiedad de don Agustín Orovitg Rosich se llamaba “La Cañada de Pajares”. En realidad, un sitio tan solitario era el mejor para esconder al general, que, según me cuenta actualmente don José S. Serna, tuvo la ingenua ocurrencia de venir disfrazado, “discretamente”, con una montera rústica y una manta zamorana, pareciendo un auténtico bandolero en el que todo el mundo se fijaba cuando transitaba por las calles de Albacete.

12. Don Arturo Cortés cuenta en la entrevista la causa de este retraso: “El general Queipo... se pasó todo un día sin probar bocado... porque García Farga y Coloma no pudieron poner en marcha el Ford en que transportaban los víveres. En vista de ello, acudieron a casa, abandonando el coche en el actual paseo de la Repúbli-